

Tres poemas

Sirenas

Homenaje a Carlos Enríquez

I

Una gota de sudor
demasiado cristalina
para ser real me alucina.
Ha viajado alrededor

de tu oreja, de tu cuello,
de la sombra de tu axila,
y es como si mi pupila
rodara de tu cabello

a tu ombligo. No desmaya:
sorbe todo tu color
y se irisa en la mejor
esponja que arde en la playa.

Me la llevo con la punta
de la lengua al paladar
y me bebo todo el mar
que entre tus piernas se junta.

II

He confundido tu sexo
con un puñado de arena,

tu sexo que se azucena
contra el mar plúmbeo y convexo.

He remontado una ola,
vuelto a rodar a la orilla
y he encajado la barbilla
en la primer caracola.

El Banquete

Un cuerpo como una nube
para beberme el espacio
y recorrer, bien despacio,
los sitios que nunca anduve.

Un cuerpo como la hierba
acabadita de asear,
y la grupa por montar
del unicornio y la cierva.

Un cuerpo como la orilla
más sinuosa de la playa,
donde la marea encalla
y el sol, desnudo, la humilla.

Un cuerpo como la ropa
que lo desviste. (La seda
es una mujer que rueda
tras el vidrio de una copa).

Un cuerpo como una estría
de sueño, como una oscura
y fragante cuarteadura
en la realidad vacía.

Un cuerpo como la gota
que no acaba de caer
y rezuma –antes de ser
nadie– una imagen remota.

O, más bien, como una idea,
como una sola tajada
de fruta bomba glaseada,
Diotima de Mantinea.

Rescate de Onfalia

Ah, tus senos descubiertos
y el pequeño caracol
de tu ombligo bajo el sol.
¿No oyes reír a los muertos?

No se les puede escuchar,
pero en medio de las olas
se deslíen en cabriolas.
Los muertos mueven el mar.

Quien los ha visto tender
en playas más turbulentas
las toallas de las tormentas
y el sol del atardecer,

sabe que están con nosotros,
disputándonos la orilla,
suelos como una cuadrilla
salvaje de húmedos potros.

Alcemos, raudos, el vuelo,
y deja, si les fastidia,
que muertos también de envidia
le arrojen peces al cielo.

Orlando González Esteva

